

LA GRAN VÍA

(Pedazos del viejo Madrid que desaparecen.)

PRIMER TROZO

I

Las ciudades, las calles, las casas tienen alma, lo mismo que tienen fisonomía. Tanto es ello verdad, que hay casas que parecen grandes rostros humanos, y que también, cual si lo fueran, tienen distinto aspecto y ofrecen diferente expresión en unos que en otros días. Cuando abandonamos una casa donde hemos vivido largo tiempo, parecemos que en ella dejamos algo de nuestra alma, y cuando vemos demoler un edificio ó una calle que ha ido viendo nuestra vida, seméjanos también que con sus ruinas vase un pedazo de nuestro espíritu.

Al caer ahora, en una trascendental y saludable reforma de Madrid, vicjas calles enteras en una larga extensión, bien merecen esos trozos seculares de la villa un á modo de responso que pueda servir de recuerdo afectivo y como amable memoranda cuando, pasados los años, queramos rememorar las cosas que vivieron en aquellos lugares que entonces miráramos amplios y renovados con el triunfo de la vida, eternamente progresiva é inexorablemente arrolladora.

Esta es la vez primera que se acomete en la capital de España una empresa semejante. Á lo más que se había llegado en esta clase de reformas había sido al aumento de la Puerta del Sol, haciendo desaparecer las calles de Cofreiros y de la Zarza, y abriendo las de Espoz y Mina y Victoria, ó á formar la hermosa calle de Sevilla con la calle Angosta y la Travesía de los Peligros. En tiempo de Godoy se abrió en la huerta de los Carmelitas Descalzos la prolongación de la calle de las Infantas hasta la plaza del Almirante, que hoy se llama del Rey, y en nuestros tiempos, tras de haberlo pensado muy despacio, procedióse á tirar la casita del Horno de San José, que tapaba la calle de Velázquez, impidiendo que tan magnífica vía comunicara con la de Alcalá. La apertura de la calle de Santa Isabel por los jardinitos del Hospital, y la de la calle del Almendro por la Cava Baja, son quizás las únicas mejoras de esa especie que recordamos á más de las citadas. El Ayuntamiento de Madrid, que ha contemplado impasible la desaparición de edificios y monumentos característicos y tradicionales, sentía, en cambio, verdadero horror á destruir lo que no tenía más carácter que el de lugar feo, sucio y malsano. ¿Dónde están la Puerta de San Vicente, ó la portada y la escalera de La Latina, por no citar todo un catálogo de monumentos, perdidos como por ensalmo?

¿Quién hubiera dado á la villa una más larga permanencia en ella de aquel José Bonaparte, á quien se llamaba *el Rey Plazuelas*? Á él se deben los derribos de conventos, iglesias y casas que rodeaban al Palacio, para formar la plaza de Oriente, que no se realizó hasta que dos bienhechores de Madrid, D. Agustín Argüelles y D. Martín de los Heros, la terminaron. José I tenía el proyecto de abrir un bulevar que, partiendo de Palacio, terminara en la Puerta del Sol, con lo que de este sitio fuese ya visible la bella perspectiva del Real Alcázar. Marchóse aquel Rey sin tiempo para desenvolver todos sus magníficos proyectos.

Y después, salvo honrosas excepciones como las que hemos citado, puede decirse que Madrid se ha formado solo. Habían ya constituido la iniciativa particular y el natural movimiento de expansión las grandes barriadas del Norte de la ciudad, cuando se cayó en la cuenta de la necesidad de urbanizar y embellecer las Rondas septentrionales, desde la de Santa Bárbara hasta la Cuesta de Areneros. La más pequeña reforma era abultada en su importancia y retardada en su práctica. Data, en realidad, de pocos años á esta parte el cuidado de esta ciudad, en otro tiempo tan bella, y que ha sufrido, sin embargo, desdenes y burlas apasionadas y sistemáticas, injustas y crueles.

Viejo es este proyecto de Gran Vía, en el que se juntan la avenida desde San José hasta la plaza del Callao y la prolongación de la calle de Preciados hasta San Marcial. Holguémonos de verle en vías de realización, ya que otros antiguos han quedado sin llevarse á la práctica. Citemos, por ejemplo, aquella grandiosa plaza de Europa que ideó Fernández de los Ríos, y describió en su notabilísimo y poco conocido libro *El futuro Madrid*, la cual había de extenderse desde el Hospicio hasta el Paseo de Luchana, y desde la actual Glorieta de Bilbao hasta la plaza de Alonso Martínez; es decir, teniendo una anchura correspondiente á la que ha sido luego longitud de la calle de Sagasta. En aquellos que el insigne madrileño titulaba «Paseos mentales por la capital de España» (Estudios en la emigración), ponía, entre concepciones irrealizables unas y no del todo sensatas otras, muchos loabilísimos pensamientos, que de haberse atendido, desde 1868 en que se publicaron, hasta la fecha, habrían podido



El Sr. Cárdenas, comisionado especial del Presidente de la República de Venezuela, que ha entregado á S. M. el Rey D. Alfonso XIII, la reducción del monumento que conmemora el abrazo de Bolívar y Morillo.

DR. D. JOSÉ IGNACIO CÁRDENAS

Fot.ª de Kaulak.

hacer de la capital de España una de las más grandes y bellas ciudades europeas.

Podemos, por lo tanto, entonar un *hosanna* cuando vemos comenzada por fin esa obra de transformación urbana que se llama la Gran Vía, como si se quisiera indicar que no ha de hacerse ninguna otra más en Madrid. ¡Terrible sospecha para los que pensamos en otras mejoras de esa índole! Y al celebrar con nuestro regocijo la iniciación de esos trabajos, viene á nosotros el prestigio de la tradición, haciéndonos pensar en que esas calles que la piqueta borra guardan en algunos de sus rincones amables recuerdos, gloriosos unos, curiosos otros, interesantes todos. Debe el cronista, si ama verdaderamente la belleza pretérita y el alma de su patria, bucear en ese mar de remembranzas, que custodia en su fondo los restos hacinados de naufragios históricos.

Divídese la futura Gran Vía en tres trozos, el primero de los cuales comprende desde su comienzo en la iglesia de San José hasta la Red de San Luis.

Sólo en este no muy largo trazado halla el cronista materia suficiente para señalar interesantes recuerdos. Vemos por de pronto cercenada la perspectiva de la vieja iglesia del Carmen Descalzo, que ya se ve privada de la casa-habitación del párroco, y en poco ha estado que no haya perecido también ella, que es lo único que resta del antiguo convento de los Carmelitas.

Esa calle de Alcalá, que ahora sirve de arranque á la Gran Vía, ha sido desde su principio, pues conserva el trazado primitivo, una de las más bellas y características calles de Europa. El caballero Casanova de Seingalt, que vivió en ella cuando habitó en Madrid el año 1768, no pudo por menos de cantar sus excelencias, y la mariscal Junot, Duquesa de Abrantes, de la cual hemos de volver á hablar en estos recuerdos, tiene también para esa calle las mayores muestras de su admiración cuando se refiere á ella en sus Memorias, al narrar la impresión que la corte de España la produjo al venir de Embajadora cerca de Carlos IV. Esa calle, que también se llamó de los Olivares, había sido hasta el siglo XVI un campo de cultivo poblado de olivos y viñedos. Los Caños de Alcalá, que así se denominaba un famoso manantial que allí había, eran un grato y apacible lugar que servía de punto de paseo á la gente grave, y aun de esparcimiento y regocijo en las fiestas á la gente del pueblo. Durante mucho tiempo conserváronse en aquellos lugares aledaños rotulados donde se leía, en unos: *Don Pedro el Malo, el Tirano, quitó este terreno á Vicalvaro*; en otros: *El arzobispo Don Gómez devolvió á Alcalá los suyos. El rey Don Enrique dejó á Madrid sin ninguno*; y también: *En ese arroyo ahogo Don Tello á su potro*.

La Reina Católica mandó arrancar el olivar hasta más allá de los Caños, y comenzaron á levantarse en aquellos terrenos casas de placer, tales como la de D. Francisco Garnica y la de D.ª Eufrasia Pignatelli,

y otra que había servido de alojamiento á un Embajador del Gran Turco. Aun existía parte del olivar en tiempo de Felipe II, y hubo luego necesidad de talar lo que de él restaba, para la edificación del convento del Carmen, que se alzó sobre un humilladero que se llamaba de San Hermenegildo y San Miguel, siendo este Santo el que dió nombre por tal motivo á la calle así llamada, que baja desde la de Hortaleza y desaparecerá totalmente con la Gran Vía.

El monasterio de Carmelitas Descalzos, que también se llamó de San Hermenegildo por la causa antes dicha del humilladero, fué fundado siendo Provincial de esa religión Fr. Nicolás de Jesús María, con licencia del cardenal D. Gaspar de Quiroga, concedida en 25 de Enero de 1586, siendo abierta la iglesia en 15 de Febrero del mismo año. Húbose tratado primero de que fuese de monjas y no de frailes, pensando así la Baronesa de Castel Florido, que costeara las obras; pero su confesor, Fr. Juan Bautista de la Concepción (y cuéntase que la propia Santa Teresa, que no pudo ver ninguno de los dos monasterios, pues no tuvieron lugar sus construcciones hasta cuatro años después de su muerte), contestó á Fr. José de la Miseria, que impugnaba el proyecto de monasterio en las cercanías de la casa donde había estado un Embajador infiel: «No importa. Turcos y monjas todos llevan la cabeza vestida con trapos.» Sin embargo, el convento de Carmelitas Descalzos fué fundado después por el mismo San Juan de la Cruz en lo que hoy es plaza de Santa Ana, y el de religiosos de la misma Orden fué el que se alzó donde estaba el humilladero de San Hermenegildo y San Miguel.

Tuvo aspecto provisional la iglesia que inauguraron estos Padres en 1586, pues que labraron otra más capaz, que terminaron en 1605, y aun ésta no fué tampoco la definitiva, pues la que hoy vemos en extraña pareja con el teatro de Apolo, bendijóse el 14 de Octubre de 1742. El monasterio y la huerta eran grandes. Su recinto volvía por la calle de las Torres hasta el palacio de D. García de Figueroa, que fué en 1618 Embajador de la majestad del rey católico D. Felipe II, cerca de la magnífica grandeza del Soberano de la Persia. La mansión de D. García era opulenta, y las pintorescas torres que la coronaban dieron título á la calle en donde estaba situada. Las tapias conventuales volvían luego frente á la casa de las Siete Chimeneas, donde vivía Squilache cuando el Domingo de Ramos, 23 de Marzo de 1766, estalló el famoso motín de las capas y los sombreros, y tenían por la parte oriental su límite con la calle Real del Barquillo y la casa de la Condesa de Chinchón. Esta huerta del Carmen fué abierta para la prolongación de la calle de las Infantas hasta la plaza llamada del Almirante y hoy del Rey.

El templo que se llamó de San Hermenegildo tuvo una capilla para San Miguel, con lo que conservó el culto de los santos primitivos de aquellos lugares. Y la piadosa longanidad de próceres familias instituyó otras capillas más. Don Cristóbal de Colón y Álvarez de Toledo, Duque de Veragua, Marqués de la Jamaica, fundó la de San Juan de la Cruz. Y el desgraciado D. Rodrigo Calderón, Marqués de Siete Iglesias, Conde de la Oliva, fué el fundador de la de Santa Teresa, y en ella estuvo depositado su cuerpo hasta que fué llevado á las monjas de Portaceli, en la ciudad de Valladolid. Aunque no tuviera otros, basta para dar carácter y mérito histórico á ese lugar el haber recibido los restos del infortunado valido de Felipe III, decapitado en la Plaza Mayor de Madrid el día 21 de Octubre de 1621.

El último recuerdo memorable de aquella iglesia de los Carmelitas Descalzos fué la fuga del Duende de la Corte en 1736, porque seis años más tarde poníase solamente el Santísimo en la iglesia nueva, que hoy es la que alcanzamos á ver como único vestigio de construcciones religiosas en aquel lugar, donde compartía antiguamente las devociones con el frontero convento de Carmelitas Recoletas, vulgo de las Baronesas, que era el que se alzaba en la esquina de la calle de los Siete Jardines, llamada también del Turco, y el cual hubo de fundar D.ª Beatriz de Silveira el día 1.º de Diciembre de 1650.

La iglesia de San Hermenegildo presidía, y esta costumbre ha venido realizándose hasta hace pocos años, las verbenas del Carmen, como asimismo las tradicionales ferias de San Miguel, que rememoraban la tradición de aquellas tierras, y se celebraban en la calle de Alcalá, como las verbenas antes dichas. Éstas han huído á los barrios extremos, y las ferias de San Miguel, que comenzaron, buscando una expansión, en el Prado, se han alejado hasta encontrar su emplazamiento anual en la Rambla de Atocha.

Otros recuerdos diferentes ofréronos también la iglesia que nos ocupa. Ella veía subir su gradería á la célebre Marquesa de la Torreçilla, frívola y pomposa, atendida muy solícitamente por el Marqués de la Ensenada, ceremonioso y galante. Un eunuco negro, con gran casaca roja y turbante blanco, seguíales muy reverente, y estos paseos dieron lugar á ciertos malintencionados pasquines que aparecieron en la misma calle de Alcalá, y en los cuales decía: «Por aquí pasó D. Cenón con la Marquesa y el capón.»

El día 29 de Diciembre de 1803 recibía la iglesia



ASPECTO DEL RÍO EN EL PUENTE DE SAN LUIS

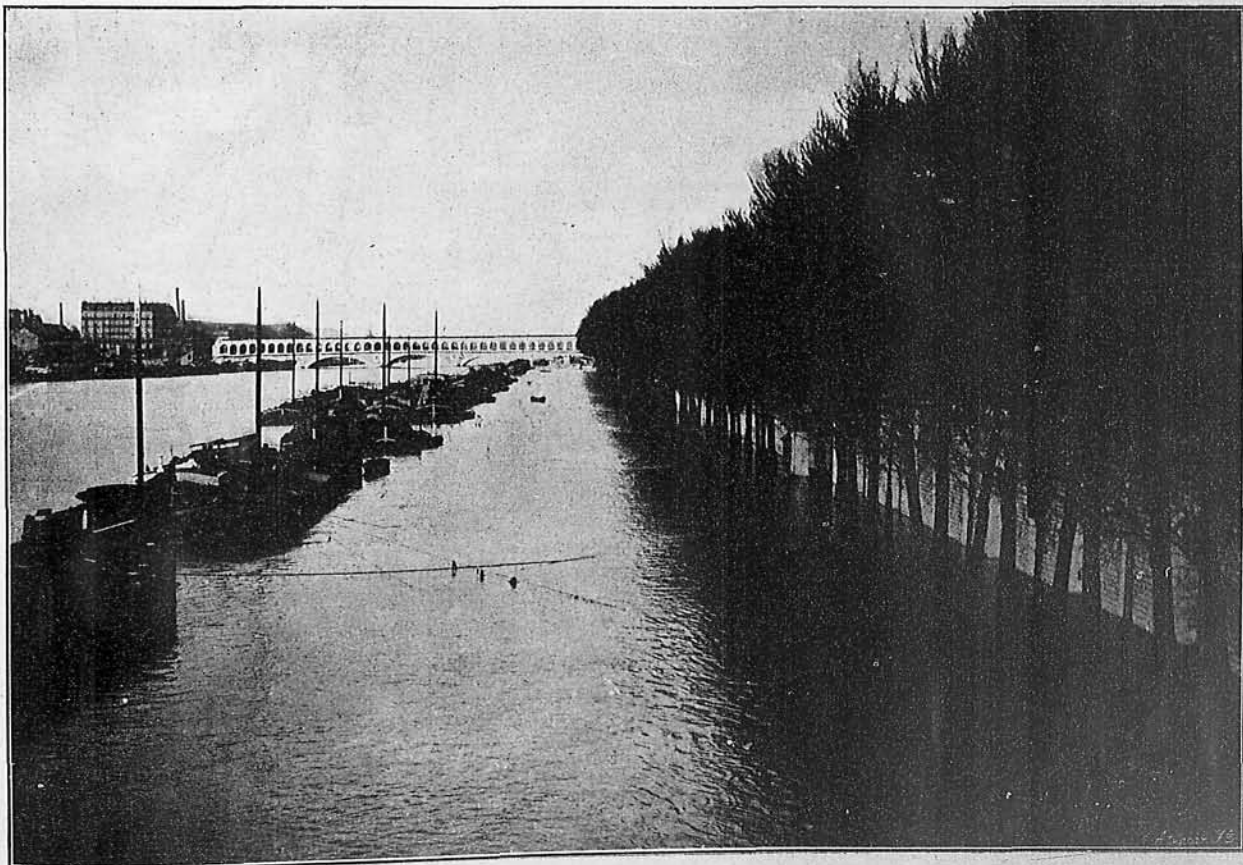
de los Carmelitas un cadáver ilustre: el de la célebre actriz María del Rosario Fernández, *la Tirana*, fallecida en su casa de la calle del Amor de Dios, en esta corte, y que por expresa disposición suya había de recibir sepultura, no en la capilla de la Novena ó de los Cómicos, que se hallaba y se halla todavía en la iglesia de San Sebastián, donde se enterraban sus compañeros de profesión, sino en la bóveda de la iglesia del Carmen Descalzo. Personalidad es tan saliente la de *la Tirana* en el arte dramático español, que fuera buena obra buscar sus restos, ya que se sabe dónde se hallan, y no dejar que se pierdan, como se han perdido los restos gloriosos de muchas insignes figuras. ¿No es verdaderamente doloroso que se hayan dejado perder los restos de Lope de Vega, quien se sabe que fué enterrado en la iglesia ya citada de San Sebastián, y los de Cervantes, que recibió sepultura en las Trinitarias, de la misma manera que se perdieron los de Velázquez, porque no se cuidó nadie de buscarlos cuando fué derribada la iglesia de San Juan, donde el gran pintor fué sepultado?

En los días épicos de 1808 tuvo nuevamente una pintoresca importancia este templo. Dormanes y chafarotes, astrakanes y plumas, quebrantaban la serenidad del sagrado recinto con balumba marcial. Era que el gran Duque de Berg acudía ostentadamente todos los domingos, acompañado por su Estado Mayor, á oír la misa de los reverendos. No se trataba de piedad, sino de política. Sistema de conquista espiritual y amago de penetración pacífica.

El año 1836 el Gobierno español declaró terminada la misión de los Regulares y clausuró los conventos, procediendo á la demolición de algunos, como el de la Merced, cuyo solar es hoy la plaza del Progreso, y cambiando á otros de destino, como el de la Trinidad, que ha sido, sucesivamente, local de la Sociedad llamada Instituto Español, que tuvo en ella su teatro y salones, y luego edificio de las Exposiciones de Pinturas, Conservatorio de Artes, Biblioteca y Museo Nacional, terminando por alojar el Ministerio de Fomento. El convento de los Carmelitas Descalzos no había de constituir excepción de aquella medida, y siendo desocupado por sus moradores, no tardó en desaparecer, dejando sola á su iglesia, que le sobrevivía. El templo, al secularizarse, recibió una parroquialidad, que hubo de estar primero en el Hospital de los Flamencos, de la calle de San Marcos; luego en las monjas de Góngora, y después en la sala-teatro de los Duques de Pías, quienes la hubieron de ceder para tan santo fin. Era esa parroquia la de San José, y con ese nombre conocen las modernas generaciones á la vieja iglesia de donde va á arrancar una de las más amplias y radicales transformaciones de la villa.

Padecen meoqua ó supresión, inmediatamente después del arranque de la Gran Vía, las calles de las Torres, Caballero de Gracia, San Miguel y Reina. La primera ha tenido siempre esa denominación, y con ella aparece en los planos de Teixeira y de Espinosa. En el relato que dejamos hecho de la iglesia de San José, hemos tenido ya ocasión de referirnos al origen del nombre de esta calle al hablar del palacio de D. García de Figueroa, y no hemos de repetir lo que dicho queda. Esta calle, que en los tiempos modernos ha recibido el nombre del Marqués de Valdeiglesias, aunque todo el mundo continúa designándola por el tradicional, no guarda ningún recuerdo memorable en las casas que desaparecen de ella, pues queda incólume y aparte el número cuatro, que fué palacio del opulento Murga, y donde falleció el día 2 de Enero de 1886 D. Tristán Medina.

PEDRO DE RÉPIDE.



LA RIADA EN LAS CERCANÍAS DEL PUENTE DE AUTEUIL

LA CRECIDA DEL RÍO SENA EN PARÍS

Fotografías de Chusseau-Flaviens.